



CAPITULO XVIII

Glorioso combate del Jovito.—Muerte del teniente coronel don Joaquín Bosch.—Situación apurada de la columna.—El comandante don José María de Robles.—Carta del soldado M. Viso.—Ansiado socorro.—Las escuadras de Guatánamo.—El comandante don Pedro Garrido.—Honrosa retirada.—Parte oficial.—Dolorosa impresión en la Península.— Muertos y heridos.



El día 12 de Mayo encontrábase la columna mandada por el teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril y el comandante señor Robles, compuesta del primer batallón de Simancas número 64, y fuerte de 405 hombres, racionándose y entregándose á un corto descanso en Guatánamo.

Al mediar la tarde, tuvo noticia el jefe de la columna señor Bosch, de que el enemigo se hallaba á tres horas de la población y se dirigía hácia ella con intento de atacarla.

Inmediatamente ordenó el señor Bosch que la columna fuera racionada para cuatro días y se dispusiera á salir en busca del enemigo.

Y á las siete de la tarde, cumplidas las órdenes del jefe, salió de Guatánamo el batallón de Simancas en dirección al punto donde se había señalado el enemigo.

A las nueve de la noche llegó la columna al lugar llamado Ca-

marones, sito á legua y media de Guantánamo, donde hizo alto para pernoctar, por haber cerrado por completo la noche, y esperar allí la llegada del nuevo día.

A las cuatro y media de la madrugada del día 13, púsose de nuevo en marcha la columna, tomando el camino llamado de Chapala en dirección á Jiguabos.

Mandaba la vanguardia el primer teniente de Simancas don Fernando Reina y el teniente de milicias, agregado á la columna, don Cirilo Nápoles.

Nadie pensaba en la proximidad del peligro que les amenazaba.



CUARTEL DE CABALLERIA (PUERTO PRÍNCIPE)

Nuestros soldados marchaban sin preocuparse en lo más mínimo de que quizás á cuatro pasos de ellos les acechaba la muerte traidoramente emboscada, en figura de *mambí*, tras una mata ó arbusto.

El camino que seguía la columna hacía declive y formaba una curva bastante abierta, que terminaba estrechando el paso entre unos colosales *farayones* (elevaciones de terreno cuyo frente parece cortado rectamente á pico y por lo tanto inaccesible) y el río, ancho y de abundante corriente, llamado Jovito.

Al lado opuesto del río había unos platanales y entre éstos una casa, y un poco más allá de las márgenes del Jovito nace la extensa sierra de la Canasta.

* * *

La vanguardia de la columna, al mando del citado teniente señor Reina, bajó por el declive del camino á la margen del río.

Cruzó el primer *farayón*, sin novedad alguna, y cuando ya casi rebasaba el segundo, una terrible descarga acompañada de una infernal gritería del enemigo, cayó sobre ellos como lanzada de las nubes, dando comienzo al combate.

Serian las cinco de la mañana.

El resto de la columna se hallaba á la sazón en el camino, que, por lo estrecho, más propiamente pudiera llamarse callejón.

La guerrilla, á la voz de mando del teniente coronel señor Bosch, echó pié á tierra, dejó los caballos y trató de avanzar por un costado del primer *farayón*, que era el único lado accesible, mientras en la vanguardia seguía el fuego.

Entonces el enemigo rompió también el fuego desde aquel sitio, por haber esperado á que la vanguardia de la columna tropezara con la segunda emboscada para dar señales de su presencia allí.

Casi simultáneo á este segundo fuego y como obedeciendo á una consigna ó señal convenida, otras fuerzas del enemigo, emboscadas en los platanales del lado opuesto del río, rompió á su vez vivo fuego sobre el grueso de la columna.

En este estado, viéndose el jefe de nuestras fuerzas rodeado por el enemigo y colocado entre tres fuegos, comprendió que su salvación dependía de tomar ó apoderarse de los *farayones* para poder matar el

fuego de los contrarios, que desde aquellas elevaciones dominaban el camino donde se hallaba situada la columna, sobre la que á mansalva podían disparar y abrasarla con sus fuegos.

Rápido como el pensamiento y sin perder ni un momento la serenidad, que en los momentos de peligro acredita el valor de nuestros bizarros militares, el teniente coronel señor Bosch ordenó al comandante Robles que con una compañía marchase á desalojar y ocupar una de las alturas donde se hallaba emboscado y parapetado el enemigo, y que el teniente Nápoles al frente de otra compañía, ocupara á su vez otra de aquellas alturas.

Encarnizada y reñida fué la lucha que se entabló entre leales y rebeldes.

Estos defendían sus puestos como fieras guarecidas en sus madrigueras, mientras aquellos les atacaban como soldados españoles; á pecho descubierto.

Al fin, un vigoroso ataque á la bayoneta de nuestros valientes soldados, animados por las voces y el ejemplo de sus bravos jefes, les obligó á abandonar sus posiciones, que fueron ocupadas por las tropas, no sin tener que lamentar la muerte de tres soldados y la herida del teniente don Eduardo Aguado Oller y otros siete individuos de la compañía del comandante Robles, y la de un muerto y dos heridos, de la del teniente Nápoles.

*
* *
*

Mientras esas dos operaciones se realizaban á la par por nuestros bravos soldados, dirigidos por sus bizarros jefes, el teniente coronel señor Bosch, que había quedado en el camino con el grueso de la columna, dirigióse hacia el sitio donde se hallaban el capitán Vivar y el

teniente Reina, con un fusil que había recogido del suelo, y cuando animaba á los soldados y les advertía que no se apresuraran en hacer fuego y disparasen con calma y procurando hacer blanco en el enemigo, á fin de aprovechar las municiones, una bala enemiga le hirió en el lado izquierdo del pecho cortando la palabra en sus labios y cayendo en brazos de los dos citados oficiales, que se apresuraron á sostenerle al verle en mudecer y perder el sentido.

Momento de terrible angustia fué aquel para nuestras tropas, pues sabido es que nada emociona tanto al soldado como la muerte de su jefe.

La emoción, hija del natural sentimiento y pesar por la pérdida del jefe querido, produjo un instante de desaliento y confusión en las filas y un momento de vacilación en los conturbados espíritus de aquellos valientes.

Pero ya el comandante Robles había visto coronado con el éxito su empresa y bajaba de las posiciones

tomadas al enemigo para dar cuenta á su jefe de quedar cumplida su orden y realizada la operación que por él se le encomendara.

El capitán Vivar Perez, al ver regresar á su segundo jefe, apresuróse á salir á su encuentro para comunicarle la triste nueva de la herida grave sufrida por el teniente coronel.

Entre tanto, el malogrado jefe del batallón de Simancas exhalaba su



TENIENTE CORONEL DON ERNESTO OTERO

último suspiro en brazos del teniente Reina, después de balbucear con apagado acento estas patrióticas palabras, que fueron las últimas salidas de sus labios.

—¡Defended mi cuerpo como buenos!... ¡Defenderse!... ¡defenderse! y.... ¡Viva España!

*
*
*

El teniente Reina, abandonando entonces á otros compañeros el cuerpo de su jefe, apresuróse á dar parte de su muerte al comandante señor Robles, teniendo la desgracia en el momento de hallarse comunicando á éste la triste noticia, de ser alcanzado por una bala enemiga, que le causó una herida en la pierna.

Incorporado el comandante al grueso de la columna, hízose cargo enseguida del mando de las fuerzas, y con una rápida ojeada comprendió al momento la comprometida situación en que se encontraban, pues, á pesar de haber tomado las dos alturas, la columna seguía bloqueada por el enemigo.

La primera disposición del bravo comandante fué reforzar la retaguardia con doce hombres, al mando del sargento don Carlos Vilches, para que defendiendo el camino del llano, impidiese al enemigo que les cortase la retirada.

En aquel momento tenía ya la columna veintiseis heridos y varios muertos, los cuales fueron recojidos y colocados en el centro, para resguardarles del fuego enemigo.

Los insurrectos redoblaron entonces sus ataques por vanguardia, flanco derecho y retaguardia, llegando en su terrible acometida contra la primera á una lucha cuerpo á cuerpo con nuestros soldados.

Estos contuvieron al enemigo y rechazaron sus ataques con la

serenidad y valor que demuestra siempre el soldado español ante el peligro... Pero, dejemos la continuación del relato del combate, al que con su pericia supo obtener en aquella ocasión un señalado triunfo para nuestras armas.

* * *

El comandante don José de Robles, en carta dirigida el día 16 á su hermano don Miguel, desde Guantánamo, refiere en los siguientes términos la segunda parte del combate.

« »

Lo que yo sufrí en ese día no lo sabe nadie más que Dios y yo.

El espectáculo que se presentó á mi vista al ser avisado de que el teniente coronel señor Bosch estaba herido y un segundo después, que había muerto, créeme, era para desear estar en su lugar.

Sobre el camino que habíamos seguido yacían hacinados *veintisiete* muertos y heridos, entre los primeros el jefe citado, y cubriéndose casi con estos, hasta sesenta ó setenta hombres que contestaban como podían á las descargas del enemigo, sin poder intentar siquiera atacarlo en las posiciones que tenía al lado izquierdo del camino, flanqueado por el río Jovito y vallado en la margen opuesta á la en que estaban batiéndose los míos.

Más adelante, también en el camino, un grupo de diez ó doce hombres, mandados por un sargento, hacía desesperados esfuerzos por contener la fuerza enemiga que por él trataba de acometernos, á la vez que desde una alturita á su derecha los hostilizaba también un grupo de insurrectos: el resto de la fuerza batiéndose desesperadamente para sostener una posición á la que yo les había conducido antes de la muerte del teniente coronel y de la que había tenido que desalojar al enemigo.

Las descargas se sucedían unas á otras por los cuatro costados; estábamos envueltos completamente.

Los avances á la posición que llegué á ocupar eran frecuentes y furiosos. Subí á ella, hecho ya cargo de la situación, y comprendí enseguida que de conservar la dependía la salvación de los que quedaríamos.

Eran las seis de la mañana, y ya llevábamos una hora de fuego.

Modifiqué mi línea coronando el borde izquierdo de la posición, y ordené el fuego lento después de dos descargas sobre el enemigo que tenía por aquel lado, para impedirle se corriera á retaguardia y siguiera molestando á los heridos del camino.

Recomendé á todos mucha tranquilidad y que no contestaran al fuego del enemigo más que cuando éste se aproximara lo suficiente para no desperdiciar municiones, manteniéndome por lo tanto á la defensiva interín llegasen auxilios, ó viera el modo de retirarme llevándome siquiera los heridos, que ya pasaban de treinta.

La posición que yo ocupaba, tiene la forma de una especie de 8 tendido, y es de unos seiscientos metros de largo por doscientos de ancho.

El perímetro lo defendía una sola línea de soldados, por estar imposibilitado de reducirlo só pena de, ó abandonar los heridos si lo reducía á mi retaguardia, ó que me invadiera ésta y pudieran cortarme en absoluto el camino que tenía para retirarme.

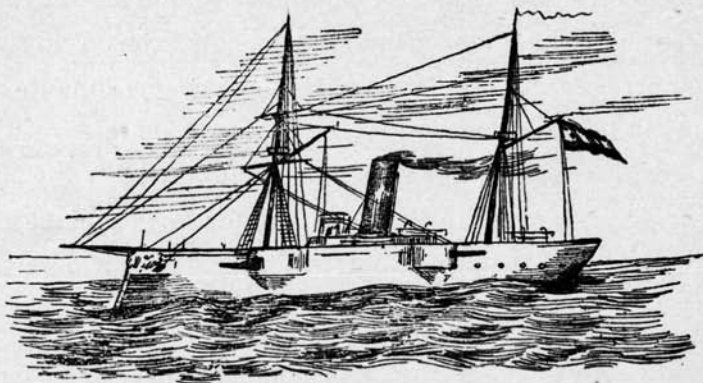
Seis horas y media mortales pasé en esta situación, y, ya me disponía á forzar la retirada con los heridos, cuando llegó en mi auxilio el comandante don Pedro Garrido con unos cien hombres de las escuadras de que es jefe.

Con este refuerzo, tomé ya la ofensiva á retaguardia, ordenándole que atacara al enemigo que en ella me hostilizaba, sostenido por cincuenta hombres de mi batallón, y consiguiendo, después de un rudo

combate de media hora, desalojarlo de las posiciones que ocupaba, ocupándolas nuestras fuerzas.

Desde este momento, ya varió todo de aspecto y pudimos enterrar los muertos y preparar los heridos para conducirlos en carruajes, que de la población mandaban custodiados convenientemente.

Dos mil cuatrocientos hombres atacaron la columna y la tuvieron en jaque durante ocho horas y media; pero no pudieron romper la línea ni hacer decaer el ánimo del soldado que la defendía, á pesar de los ruidos ataques de que frecuentemente era objeto, con tal ímpetu, que en



CAZA TORPEDEROS «NUEVA ESPAÑA»

algunos de ellos quedaron los muertos del enemigo á los piés de aquéllos.

La jornada fué dura, pero gloriosa para sus héroes anónimos, que vienen de sus casas sin más ambición que defender la causa de la patria.

A ellos se debe, y, si alguna parte me cabe, no es más que el favor que me deparó la Providencia dándome la serenidad necesaria para arrostrar el peligro y disponer lo único que podía hacerse.

Muchos elogios se han hecho de mí, inmerecidos. Ni soy *valiente*



...una bala enemiga le hirió en el lado izquierdo del pecho... (pág. 284)

ni presumo serlo; no es modestía que contigo no había de tener; hice allí lo que he hecho siempre en toda ocasión; seguir mi conciencia, cumplir mi deber.

Que te conste, pues, que cuesta muchos disgustos el ser héroe... aunque sea por fuerza.

.»

* * *

No deja de tener interés también por su sencillo estilo, otra carta referente al propio hecho de armas, publicada por la prensa y dirigida en 20 de Junio, por el soldado Marcelo Viso, del segundo batallón de Simancas, cuarta compañía, á un su apreciable amigo, desde Guantánamo, de la cual copiamos los siguientes párrafos:

«... el día 13 de Mayo, mes precioso en España, vino un aviso de que el enemigo estaba á tres horas de la población.

Eran las siete de la noche cuando nos racionaron para cuatro días, que aquí te tienes que llevar la comida á cuestas, como el caracol la casa, que es lo más pesado.

Como que estás días enteros sin ver una casa ni un pueblo, es la causa de que lleves la comida á cuestas.

Pero, vamos al grano.

Eramos unos cuatrocientos hombres los que salimos del cuartel en busca del enemigo, cuando á las nueve de la noche hicimos alto y descansamos en una casa que llaman los Camarones.

Salimos de allí antes de hacerse de día, que faltaba una hora para llegar á donde tenían la posición ellos tomada.

Así que hacía un cuarto de hora ó media hora que andábamos, los que íbamos de avanzada ya sentimos los disparos con que los insurrec-

tos nos saludaban y el silbar de las balas que los indinos nos enviaban desde sus gazaperas.

Puedes pensar como estaría mi cuerpo. Me revestí de valor y ánimos, cargué mi Maüsser y arriba, llegamos donde estaba la avanzada.

Quien no ha visto aquello no ha visto nada; caían las balas como goterones de agua en un día de tormenta de verano.

Ellos tenían una posición muy buena, arriba de un montecillo, y nosotros estábamos abajo en un río; pero, ¡valor!—decía nuestro malogrado teniente coronel...

¡Bien se portó! Desplegamos en guerrilla y, arriba, arriba, pudimos ganar una parte de la posición que tenían.

Una vez allí, venga descarga cerrada, duro... Sin decirte ninguna mentira, cuatro horas y media de descargas cerradas.

Ellos, según se dijo, eran unos *dos mil quinientos* mandados por Maceo y Periquito Pérez.

Nosotros no vimos nada, no más sentíamos los tiros y la gritería que arman ellos, que dicen *patones*, hijos de la p... blanca, ¡al machetel! ¡al machetel!, que es el arma que usan.

Son muy prácticos: si todos hubieran tenido armamento, nos copan y nos achicharran, porque tenían la ventaja de ser triple gente y tener buena posición.

Así que harían unas siete horas de combate, vino refuerzo de caballería y las escuadras, que son hombres prácticos en el país, y se retiraron.

Aquel día nació: tuvimos la mala suerte de perder al teniente coronel, al médico, doce individuos y unos diez y seis heridos.

Ellos tuvieron, según se dice, entre muertos y heridos más de *doscientos* en lista. Visto por mis propios ojos unos doce, sin los que ellos enterraban...»



A las diez y media de la mañana, los insurrectos cesaron de hostilizar con sus fuegos á la columna por la izquierda del camino, y, entonces el comandante-jefe hizo trasladar los heridos y muertos, los fusiles, caballos, municiones y hasta los casquillos vacíos, al centro de la retaguardia, que era el único punto por donde podía emprender y forzar la retirada.

La situación en nada había mejorado á aquella hora y seguía siendo difícilísima y comprometida, pues si bien sofocado el fuego del enemigo por el flanco izquierdo, allí estaba el río, y no tenía más camino abierto que el que ocupaba la retaguardia de sus fuerzas.



COMANDANTE DON JOSÉ MARÍA DE ROBLES

Por todos los demás lados, el fuego seguía nutrido y sin interrupción, cuando oyóse el agudo son de una corneta que tocaba atención y paso de ataque, marcando al final del toque la contraseña de las escuadras de Santa Catalina del Guaso.

Eran las escuadras de Guantánamo al mando del comandante de voluntarios don Pedro Garrido.

La columna contestó, y repetida que fué la contraseña por aquellas, se le tocó marcha.

Las escuadras compuestas de ciento cinco hombres entraron batiendo marcha sus cornetas por el flanco derecho del enemigo, que les abrió paso sin resistencia alguna para no hallarse entre dos fuegos.

Así que las escuadras halláronse unidas á la columna, ordenó el jefe de ésta á su comandante que diera un ataque al enemigo que tenían á retaguardia.

Esta operación fué secundada por cincuenta hombres de Simancas al mando del teniente don Benito Gallego.

Después de media hora de rudo combate, el enemigo se retiró y las escuadras ocuparon la posición de fuerze.

Ayudaron también á realizar este ataque, don Segundo Garrido, con veinticinco hombres de Simancas y el teniente de voluntarios señor Robles.

Rechazados los insurrectos por aquel lado y desalojados de las posiciones que ocupaban á retaguardia de la columna, ordenó el jefe de ésta la preparación de los heridos y muertos para su conducción á Guantánamo, forzando la retirada.

Esta operación comenzó á las dos y media de la tarde, y cuando tocaba ya á su término túvose aviso de que el teniente coronel don Luís Bourgon, ayudante del general Bazán, hallábase con ochenta y cinco hombres del 4.º provisional y resto de Simancas, en observación en el camino de Montesano, dispuestos y preparados á proteger la retirada de la columna y conducción de heridos en coches que, al efecto, habían salido de Guantánamo.

La retirada se inició hácia las cinco de la tarde llevando á vanguardia los heridos y muertos custodiados por doscientos hombres, mientras el centro de la columna siguió retirándose ordenada y escalonadamente, y la retaguardia formada por las escuadras al mando de su

bizarro comandante señor Garrido, flanqueaba la izquierda de la columna para evitar que el enemigo les atacara de nuevo.

A las diez horas de la noche entraba en Guantánamo la extrema retaguardia de la columna del batallón de Simancas.

* * *

El bizarro comandante don José María de Robles, hizo la anterior campaña de Cuba hasta la paz del Zanjón.

A su regreso á España y durante los años de paz, sirvió en la Península en el regimiento de San Fernando, siendo muy querido por jefes, compañeros y subordinados.

Un solo rasgo de su carácter bastará para pintar al hombre y al militar celoso de su deber.

Cuando los sucesos del Riff, era capitán y le tocó ir á Melilla.

Dos hijos suyos estaban á la sazón gravemente enfermos; su hogar era un nido de amarguras. Varios de sus compañeros, en consideración á lo angustioso de su situación en momentos tan acerbos para un padre amantísimo de sus hijos, se brindaron á sustituirle.

—Iremos por tí,—le dijeron—cuida á tus hijos que te importan tanto ó más que...

—Lo que más me importa es el cumplimiento de mi deber—contestóles—de mis hijos ya cuidará Dios y mi familia. Primero es el militar; el padre aguardará su turno.

Y fué á Melilla.

El *salto del tapón* le ascendió.

Destinado á Cuba, en los comienzos de esta campaña, su nombre viene siendo citado con elogio desde las primeras escaramuzas.

Su comportamiento en la acción del Jovito, le acreditó de militar

entendido y esforzado, sereno y animoso, pues á su presencia de ánimo debióse que el pánico no se apoderase de las tropas al ver morir á su caudillo y hallarse frente á fuerzas muy superiores, evitando con ello un desastre y un día de luto para la madre patria.

.

Una verdadera y espontánea manifestación de duelo fué el entierro del malogrado teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril.

A las nueve de la mañana del siguiente día 14, prévia citación en la orden general de la plaza, desfiló desde el cuartel el fúnebre cortejo, presidido por el excelentísimo señor general jefe de la segunda brigada, general señor Bazán.

Seguía al féretro, conducido en hombros de oficiales de distintos cuerpos, numerosa y lucida comitiva de jefes y oficiales del ejército, autoridades civil, municipal y judicial de la provincia y distrito, é infinidad de comisiones de hacendados, comerciantes y pueblo.

Cerraban el cortejo tres compañías de Simancas al mando del comandante señor Robles, que fueron las que tributaron al cadáver del que había sido su jefe, los honores de ordenanza.

En la *Bóveda* del ilustre Ayuntamiento dióse cristiana sepultura al ilustre y malogrado teniente coronel señor Bosch.

Inmenso fué el sentimiento y profunda la pena que en todos los españoles produjo la sensible pérdida del bravo y pundonoroso jefe militar, que dando el hermoso ejemplo que sólo dar pueden los valientes, acometió á un enemigo tres ó cuatro veces superior en número y que ocupaba inabordables posiciones.

Dediquemos un recuerdo á la imperecedera memoria del heróico é ilustre jefe que al morir, dedicó su último pensamiento á la patria querida en aras de la cual hizo el sacrificio de su vida para dejar incólume el honor de la bandera española.



El día 16 recibióse en Madrid el siguiente parte oficial en el que el general en jefe del ejército de operaciones y capitán general de Cuba, daba cuenta al Gobierno del glorioso combate del Jovito, librado por nuestras fuerzas contra triplicadas fuerzas insurrectas en los siguientes términos:

«Habana 15.—(Recibido el 16).—General en jefe á Ministros Guerra y Ultramar.

División Salcedo combate glorioso anteayer.

Cuatrocientos hombres Simancas al mando del teniente coronel Bosch y un escuadrón con comandante Garrido; partidas insurrectas, dos de cuatrocientos hombres, mandadas Antonio y José

Maceo, ocupaban fuertes posiciones márgen río Tincho, diez kilómetros Guantánamo.

Combate duró desde las cinco y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde, que retiróse enemigo hácia Sierra Canasta y Chapala. Tuvimos sensibles bajas.

Teniente coronel Bosch, muerto; médico Ruiz, fallecido á consecuencia heridas recibidas; capitán Castrillo y tenientes batallón,



CABECILLA PERIQUITO PÉREZ

Aguado y Reina, heridos; un sargento, un cabo y nueve soldados muertos, y dos cornetas y veintinueve soldados heridos.

Del enemigo se han visto cuarenta y siete muertos, y llevan grandes convoyes con muchos heridos.

Según dicen presentados Guantánamo, asegúrase están entre los muertos los cabecillas Tudela y Maceite, y entre los heridos Periquito Pérez y Cartagena.

La pérdida del teniente coronel Bosch es muy sensible para este ejército, pues era un brillantísimo jefe, y por este correo enviaba yo propuesta á su favor por uno de sus hechos de armas.—*Martínez Campos.*»

Al ser fijado en el Congreso, en la tarde del 16, este telegrama, se leyó con avidez y penosísima impresión por los diputados, y fué general el sentimiento por la pérdida de los valientes oficiales y soldados españoles que habían dado su vida por la patria en los campos de Cuba, defendiendo el honor y la bandera nacional y la integridad del territorio.



He aquí la lista oficial de las bajas sufridas por nuestras tropas en el referido combate, enviada á sus jefes por el comandante señor Robles:

Relación nominal de los señores jefe, oficiales é individuos de tropa muertos y heridos en la acción del Jovito el día 13 de Mayo de 1895.

Muertos.—Teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril.

Médico primero don Everardo Ruiz Mití.

Primera compañía.—Soldado Manuel Pérez Martínez.

Segunda id.—Soldado Bienvenido Caraltó Colomé.

Tercera id.—Soldados Tomás Macías Mayoral, Pablo Torrelles Boada, Gregorio Nicolás Expósito, Pantaleón Jimenez Díaz y Miguel Planas Gisbert.

Guerrilla.—Sargento don Antonio Rodriguez Castelló, cabo Alejandro Rodriguez Ruiz y guerrillero Lucas Suarez.

Segundo batallón.—Primera compañía.—Soldado Gregorio Agüera Noguera.—Total, *doce*.

Heridos.—Primer batallón: Primera compañía.—Corneta Matías Abar Jaraba, soldado José Riera Díaz.

Segunda compañía.—Soldados Joaquín Boluch Nogus y José Aviñón Iglesias.

Tercera id.—Soldados José Corea Fabrada, Pedro Torres Galtó, José Andrés Tirol, Miguel Delgado, Pedro Saguero, Salvador Molina Nieves, José Adrián, Miguel Soto Valls, Mariano Martinez Alonso, Francisco Alsina, Sebastián Vivas Masip, Magín Cortafita Nieva, Francisco Rodriguez González, Antonio García Rodriguez, José Pacheco Diaz, Manuel Gil Sebastián, Ramón Fiol Pedrós y Antonio Garro.

Cuarta id.—Soldado José Hernández.

Escuadras de Santa Catalina.—Sargento don Miguel María González, contusión leve.

Primer batallón: Tercera compañía.—Capitán don Manuel Castriello Campillo.

Guerrilla.—Primer teniente don Fernando Reina Oñarte.

Quinta compañía.—Primer teniente don Julio Batalón Chamorro.

Segundo batallón.—Primer teniente don Eduardo Aguado Oller.—

Total, 39.

Además, asistieron á la acción y salieron ilesos los siguientes jefes y oficiales:

Capitán don José Vivar Pérez.

Primeros tenientes don Benito Gallego Sánchez, don Ricardo Fernández Lostao y don Francisco Casado Cedrián.

Segundo teniente, don José Barceló Galán.

Segundo batallón.—Segundo teniente don Miguel Salas Ralomana, Escuadras de Santa Catalina.—Comandante don Pedro Garrido y Romero.

Capitán, don Manuel Pineda Llorca.

Primeros tenientes, don Florencio Heve Costas y don Cirilo Nápoles Pérez.

Segundo teniente, don Nicanor Reyes Vargas.

Guerrilla local de Guantánamo.—Teniente, don Juan Robles.

Las bajas del enemigo no pudieron fijarse de una manera cierta.

Se dijo que fueron *cuarenta y nueve* muertos vistos y muchos heridos: otros las hicieron ascender á un total de *ochenta y nueve* bajas.

Sobre el campo abandonaron algunos cadáveres, que fueron enterrados por habitantes de aquellas inmediaciones.

Las fuerzas insurrectas se hicieron ascender á *dos mil cuatrocientos* hombres mandados por los hermanos Antonio y José Maceo, y los cabecillas Periquito Pérez, Cartagena y López.

Aunque al principio se dijo que el *generalísimo* se hallaba también en la acción, no llegó á comprobarse.

El resultado del reñidísimo combate fué un día de gloria para nuestras tropas, que ante fuerzas triplicadas y emboscadas, en comprometida y apuradísima situación á causa de las condiciones del terreno en que fueron sorprendidos, se portaron como todo español sabe hacerlo y se porta en defensa de su patria y de su bandera.

.

¡Paz á los héroes que sucumbieron en la gloriosa jornada del Jovito, y cuyos nombres dejamos consignados para eterna memoria de la madre patria!